



Miércoles de Ceniza 2021

Queridos hermanos:

Iniciamos en esta celebración nuestro camino cuaresmal de subida a Jerusalén, en compañía de Jesús, para participar con él en su misión de realizar la voluntad del Padre, en la forma que el mismo Jesús anunció a sus discípulos de forma explícita: *“Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará”* (Mt 20,17-19).

Y estamos llamados a acompañar a Jesús con la decidida actitud del apóstol Tomás, que nos revela el Evangelio de Juan, cuando narra la vuelta de Jesús a Betania para manifestar la Gloria de Dios, haciendo volver a la vida a Lázaro. Cuando Jesús manifiesta a los discípulos su decisión: *“Vamos otra vez a Judea”* (Jn 11, 7), ellos responden: *“Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver de nuevo allí?”* (Jn 11,8). Pero Tomás dijo a los demás discípulos: *“Vamos también nosotros y muramos con él”* (Jn 11,16).

La palabra del profeta Joel nos ha llamado hoy a convertirnos de todo corazón al Señor, nuestro Dios compasivo y misericordioso. San Pablo, en nombre de Cristo, nos ha pedido que nos reconciliemos con Dios. Y nos ha aclarado que esa reconciliación es una obra de salvación que Cristo ha realizado ya *“en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él”*. Por ello, lo que nos corresponde hacer es *“no echar en saco roto la gracia de Dios”*. Así esta Cuaresma nuestra *“es el tiempo favorable”* y *“el día de la salvación”*. Y Jesús mismo nos ha mostrado la limosna, la oración y el ayuno como caminos de conversión y reconciliación con Dios, por obra de su gracia.

La experiencia del amor del Señor, que se ha entregado a la muerte por cada uno de nosotros, es la fuente de la que brota el deseo y la capacidad de emprender un año más el camino de la cuaresma como un gozoso tiempo de renovación de la fe, de la esperanza y de la Caridad, como nos ha propuesto el Papa en su exhortación cuaresmal para este año 2021.

1. La fe nos llama a acoger y vivir la Verdad que se manifestó en la persona y la palabra Cristo y que la Iglesia transmite y testimonia de generación en generación, como Camino que lleva a la plenitud de la Vida. *La Cuaresma es un tiempo para creer*, es decir, para recibir a Dios en nuestra vida y permitirle *“poner su morada”* en nosotros (cf. Jn 14,23).



Recorriendo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las celebraciones pascuales, recordaremos a Aquel que “*se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*” (Flp 2,8). En este tiempo de conversión renovaremos *nuestra fe*, saciaremos nuestra sed con el “*agua viva*” de la esperanza y recibiremos con el corazón abierto *el amor de Dios* que nos convierte en hermanos y hermanas en Cristo. En la noche de Pascua renovaremos las promesas de nuestro Bautismo, para renacer como hombres y mujeres nuevos, gracias a la obra del Espíritu Santo. Y tenemos la certeza espiritual de que todo el itinerario de la Cuaresma ya está bajo la luz de la Resurrección, que ilumina y alienta los pasos de los seguidores de Jesucristo.

La limosna, la oración y el ayuno, como las ha predicado Jesús, son las condiciones y la expresión de nuestra conversión. *El ayuno* es la vía de la pobreza y de la privación libremente elegida por el reino de los cielos. *La limosna* es la mirada y el acto de amor hacia el hombre herido. *La oración* es el diálogo filial con el Padre que nos hace posible vivir una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante.

El ayuno vivido como experiencia de privación, lleva a quienes lo hacen con sencillez de corazón a descubrir de nuevo el don de Dios y a comprender nuestra realidad de criaturas que, a su imagen y semejanza, encuentran en Él su plenitud. Haciendo la experiencia de una pobreza aceptada, quien ayuna se hace pobre con los pobres y “*acumula*” la riqueza del amor recibido y compartido. Así entendido y puesto en práctica, el ayuno acrecienta el amor a Dios y al prójimo, al que se considera como uno consigo mismo (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 93). Ayunar significa liberar nuestra existencia de todo lo que estorba y satura la mente y el corazón, para abrir las puertas de nuestra morada al Hijo de Dios, nuestro Salvador, que viene a nosotros despojado de todo, pero “*lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1,14).

2. La esperanza es el “agua viva” de nuestro camino

La samaritana, a quien Jesús pide que le dé de beber junto al pozo, no comprende cuando Él le dice que podría ofrecerle un “agua viva” (Jn 4,10). Al principio, naturalmente, ella piensa en el agua material, mientras que Jesús se refiere al Espíritu Santo, que Él dará en abundancia en el Misterio pascual y que infunde en nosotros la esperanza que no defrauda. Al anunciar su pasión y muerte, Jesús anuncia ya la esperanza, al decir: “*Y al tercer día resucitará*” (Mt 20,19). Jesús nos habla del futuro que la misericordia del Padre ha abierto de par en par. Esperar con Él y gracias a Él quiere decir creer que la historia no termina con nuestros errores, nuestras violencias e injusticias, ni con el pecado que crucifica al Amor. Esperar significa saciarnos del perdón del Padre en el Corazón de su Hijo abierto en la cruz.

En el actual contexto de preocupación en el que vivimos y en el que todo parece frágil e incierto, el tiempo de Cuaresma viene a abrirnos a la esperanza y a volver a dirigir la mirada a la paciencia y la providencia de Dios, que sigue cuidando de su Creación, mientras nosotros a menudo la maltratamos (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 32-



33;43-44). La Cuaresma es tiempo de llamada y esperanza en la reconciliación, a la que san Pablo nos exhorta: “*Os pedimos que os reconciliéis con Dios*” (2 Co 5,20).

Necesitamos recibir el perdón en el Sacramento de la Reconciliación para que también nosotros nos convirtamos en difusores del perdón y promotores de una sociedad reconciliada y de una Pascua de Fraternidad. En la Cuaresma, estemos más atentos a “decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan”, en lugar de “palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian” (Carta enc. *Fratelli tutti* 223).

Vivir una Cuaresma con esperanza significa sentir que, en Jesucristo, somos testigos del tiempo de gracia, en el que Dios “*hace nuevas todas las cosas*” (cf. Ap 21,16). Significa recibir la esperanza de Cristo, que entrega su vida en la cruz y que Dios resucita al tercer día, para hacernos capaces de dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida (cf. 1 P 3,15). En la realización de esta misión recibiremos la ayuda del recogimiento y el silencio de la oración, a la que nos invita la cuaresma.

3. La caridad y compasión con cada persona, vivida tras las huellas de Cristo, es la expresión más alta de nuestra fe y nuestra esperanza.

La caridad se alegra de ver que el otro crece. Por este motivo, sufre cuando el otro está angustiado: solo, enfermo, sin hogar, despreciado, en situación de necesidad... La caridad es el impulso del corazón que nos hace salir de nosotros mismos y que suscita el vínculo de la cooperación y de la comunión, en orden hacia una civilización del amor. La caridad no es un sentimiento estéril, sino la manera mejor y más eficaz de lograr caminos de desarrollo real para todos (Cf. FT, 183).

La caridad es don que da sentido a nuestra vida; y gracias a este don consideramos a quien se ve privado de lo necesario como un miembro de nuestra familia, amigo, hermano. Lo poco que tenemos, si lo compartimos con amor, no se acaba nunca, sino que se transforma en una reserva de vida y de felicidad. Así sucedió con los panes que Jesús bendijo, partió y dio a los discípulos, para que los distribuyeran entre la gente (cf. Mc 6,30-44). Así sucede con nuestra limosna, ya sea grande o pequeña, si la damos con gozo y sencillez.

Vivir una Cuaresma de caridad quiere decir cuidar a quienes se encuentran en condiciones de sufrimiento, abandono o angustia a causa de la pandemia de COVID 19. Ofrezcamos con nuestra caridad una palabra de confianza, para que el otro sienta que Dios lo ama como a un hijo. “Sólo con una mirada cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura y, por lo tanto, verdaderamente integrados en la sociedad” (FT, 187).

Hoy expresamos nuestra súplica de reconciliación y renovación, en la fe, esperanza y caridad, con la recepción de la ceniza sobre nuestra cabeza y el propósito de



Carlos López Hernández

reavivar nuestro seguimiento del Evangelio. Y lo hacemos en la esperanza de recibir en la noche de Pascua la luz del “fuego nuevo” del amor de Jesucristo Resucitado, que vendrá a disipar los restos de nuestra oscuridad y a iluminar nuestra vida con la fe, que renovaremos en la liturgia bautismal de esa noche gloriosa.

Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe ya desde ahora las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu, para que todos podamos vivir con gozosa esperanza el camino cuaresmal de conversión y reconciliación que hoy iniciamos; y que podamos llegar a la renovada alegría de la Pascua.

Catedral Nueva, 17 de febrero de 2021